



# el paisaje en



# francisco lozano

**F**RANCISCO Lozano es un pintor levantino: valenciano concretamente. Esa localización de su condición pictórica puede ser peyorativamente considerada por una cierta crítica. Quien sostiene que todo pintor es —tiene que ser—, además de hijo de su tiempo, hijo de su circunstancia, nunca puede considerar negativa esa dependencia con respecto al origen. Francisco Lozano, digo, es un pintor levantino, porque él hereda una tradición, que tiene ya más de un siglo, en la manera de tratar la luz y convertirla en color, en el sentimiento totalizador del paisaje y en la dependencia del color respecto a la luz. Sería muy fácil añadir que esa tradición coincide con la del Impresionismo. Pero no. Los grandes artistas valencianos que iniciaron esa tradición —porque grandes fueron, efectivamente—, Sorolla, Muñoz Degraín, Martínez Cubells, Domingo Marqués, Pinazo, etc., como los grandes impresionistas franceses, hicieron depender de la luz todas sus definiciones pictóricas, pero la forma como lo hicieron aquellos maestros valencianos no dependía directamente de las fórmulas impresionistas: tuvieron, por así decirlo, una manera solariega de interpretar la realidad visual: menos delicada, menos

matizada, pero más fuerte, más vigorosa y con mayor dominio de la facundia pictórica. Un día, cuando reivindicamos a Muñoz Degraín, por ejemplo, nos daremos cuenta de que fue un impresionista sin saberlo en muchos de sus mejores cuadros, y que incluso formuló por su propia cuenta muchas ideaciones que luego fueron impresionistas a la hora de justificar su manera.

Francisco Lozano empezó fundamentando a su pintura en esa tradición. Claro que esos cuadros no eran impresionistas, pero porque no lo eran formulariamente, de acuerdo a la estética transpirenaica, pero sí lo formulásemos según sus componentes veríamos que ellos también se ajustaban a su mandato. En eso, Francisco Lozano era fiel a su circunstancia «solariega». Le faltaba entonces, para completar su magisterio, la otra línea de la coordenada que define a la universalidad de un arte: la de la fidelidad a su tiempo. Eso es lo que ha logrado en estos últimos años y lo que pone especialmente de manifiesto la exposición que ha celebrado en la galería Biosca y que es la motivadora especial de este comentario.

¿En qué consiste la transformación opera-

da en la pintura de Lozano en estos últimos años, por la cual se sitúa como pintor de su tiempo, además de como pintor de su circunstancia? Ha consistido en una transferencia de poderes, desde los valores de la **impresión** hasta los valores de la **expresión**; es decir, ha consistido en una voluntaria minimización de los valores exclusivamente visuales y documentativos en favor de una magnificación de los valores caracterológicos, incluso dramáticos, de su temática. El color visual se ha ido transformando paulatinamente en él en color dramático. Y por esa transformación alcanza un grado de la expresividad y del expresionismo. Y gracias al expresionismo alcanza el grado de pintor de nuestro tiempo.

Claro está que Francisco Lozano continúa siendo un pintor «figurativo». Pero una vez más tenemos que decir que el problema figuración-abstracción es un problema adjetivo. El verdadero problema definidor es el de la realidad testificada. Antes, Francisco Lozano testificaba la realidad que veía; ahora, Lozano testifica la realidad que siente, que adivina en el tuétano mismo del paisaje. Porque él sabe que todo paisaje, como toda persona, tiene una «personalidad». ■  
J. M. M. G.

